

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN E/LE

José Ramos

Departamento de Lengua y Literatura Españolas

Universidad de Tamkang

jramos@mail.tku.edu.tw

Resumen

La literatura es la expresión máxima de una lengua. Decimos “la lengua de Shakespeare”, y no la de Newton o Churchill, para referirnos al inglés, así como también decimos “la lengua de Cervantes”, y no la de Felipe II o Picasso, para referirnos al español. Los grandes escritores y poetas son los “grandes señores” de la lengua, de cualquier lengua, y las obras que escribieron son la mayor riqueza con que cuenta esa lengua: son su mayor legado expresivo y su síntesis lingüística. Las obras literarias reflejan fielmente momentos históricos, mentalidades, costumbres, ideas, creencias religiosas, el fondo cultural y usos lingüísticos de un país o comunidad. Por todo ello, consideramos que la literatura debe ser una asignatura básica y su correcta enseñanza es fundamental para conocer a fondo esa lengua y la cultura a la que está ligada, sobre todo cuando se enseña en una facultad de lenguas extranjeras. Pero la literatura habría que enseñarla como algo que está relacionado íntimamente con la vida, como algo que es expresión profunda e imaginativa del ser humano y de sus circunstancias, en fin, como un instrumento insustituible para conocer mejor el mundo, y no como suele enseñarse la mayoría de las veces: como “historia de la literatura”, o mejor “historiografía”, es decir, como un interminable, inútil y aburrido catálogo de nombres, títulos, fechas y características que el alumno debe memorizar... y que olvidará inmediatamente después de un examen. El propósito de la presente ponencia es por tanto motivar una reflexión en torno a esta problemática y proponer algunas ideas para la enseñanza de la literatura hispánica en E/LE.

Palabras clave

literatura hispánica, enseñanza de la literatura en ELE, concepto de literatura, lectura.

Introducción

Cuando se menciona la palabra literatura, mucha gente suele hacerse preguntas como las siguientes: ¿qué es la literatura? ¿para qué sirve? ¿por qué hay que aprender –o enseñar– literatura? ¿cómo se aprende o cómo debe enseñarse? ¿por qué es importante aprender y/o enseñar literatura?, y otras por el estilo. En este sentido, el profesor Lucio Álvarez Aranguren, para quien en la sociedad actual todo lo audiovisual parece arrollar al lenguaje escrito, se pregunta con cierto desaliento: “¿Pero aún se leen libros? ¿Hay autores que tienen ánimo para escribir? ¿Existen estudiantes de literatura?”¹.

¹ Álvarez Aranguren (1991), 123.

Así pues, el propósito del presente trabajo es intentar dar respuestas adecuadas a esas preguntas, así como motivar una necesaria reflexión en torno a esta problemática en el ámbito de la enseñanza del español como lengua extranjera (ELE). Conviene tener presente que la literatura es algo que está siempre abierto a toda clase de preguntas y problemas, que se cuestiona a sí misma y nos cuestiona a nosotros mismos.

1. ¿Qué es la literatura?

¿Es acaso necesario formularse esta pregunta? Dados los relativismos de toda índole que nos asaltan a diario, pues sí, de vez en cuando convendría hacérsosla. Una de las definiciones que del vocablo “literatura” nos da el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua es la siguiente: “Arte que emplea como instrumento la palabra”. Esto es, la literatura es un arte: el arte de la palabra, o del lenguaje, así como la pintura es el arte de los colores y la música lo es de los sonidos. Recordemos lo que le contesta Hamlet a Polonio cuando éste le pregunta qué está leyendo: “Palabras, palabras, palabras...” La literatura es, por tanto, lenguaje, pero lenguaje en su nivel más elevado, o lo que es lo mismo: la literatura es la máxima expresión de la lengua, de cualquier lengua. Decimos, por ejemplo, “la lengua de Shakespeare”, para referirnos al idioma inglés, y no la lengua de Isaac Newton o Winston Churchill; y decimos “la lengua de Cervantes” para referirnos a nuestro hermoso idioma, y no la lengua de Felipe II o Picasso. Del mismo modo, podríamos referirnos al idioma chino como “la lengua de Li Bai o Confucio”, y no la lengua del Emperador tal o cual. Los grandes poetas y escritores son los “grandes señores” de la lengua, de cualquier lengua, y las obras que escribieron son ni más ni menos que la mayor riqueza con que cuenta la lengua que hablamos: son su mayor legado expresivo y su más acabada síntesis lingüística. En la literatura el lenguaje no sólo es instrumento sino también finalidad en sí misma. El filósofo español Julián Marías, alumno de Ortega y Gasset, explica todo esto de modo inmejorable:

“la *lengua* (...) es la primera interpretación de la realidad, a la cual se superponen todas las demás. Ahora bien, la lengua es inseparable de la Literatura, porque la lengua es *ya* literaria –la literatura es una de las dimensiones de la lengua, y si falta, se trata de un estado de *privación* o *frustración*–, y por otra parte la lengua vive literariamente, se realiza plenamente en forma literaria, quiero decir que en la Literatura encontramos la lengua *funcionando*, no en la forma abstracta de un diccionario o unas estructuras morfológicas o sintácticas”².

Las obras literarias reflejan fielmente momentos históricos, mentalidades, costumbres, ideas, creencias de todo tipo, el fondo cultural y los usos lingüísticos de un país o una comunidad. ¿Qué nos queda hoy de la antigua Grecia, del poderoso Imperio Romano o del Imperio Español que dominó Europa hace quinientos años? Sí, claro, nos quedan grandes monumentos, admirables obras artísticas, ciertas formas de pensar y ciertas instituciones políticas, jurídicas y culturales, pero nos quedan sobre todo sus obras literarias: esos libros que están al alcance de cualquier persona, en cualquier lengua y en cualquier país. La civilización europea tiene su punto de partida en Grecia, un

2 Lázaro Carreter (1974), 292-293 (subrayados del autor). Véase también Amorós (1987).

pequeño y rústico país (y ahora arruinado por la demagogia política y la especulación monetaria), hace unos 3000 años, en dos maravillosos poemas épicos, *La Iliada* y *La Odisea*, escritos por un legendario poeta ciego llamado Homero. Algunos de sus míticos personajes, como Aquiles, Ulises, Héctor, Elena o Penélope, pertenecen desde hace mucho tiempo a lo que podemos llamar al modo jungueano el “imaginario colectivo del mundo”. Por otra parte, si alguien desea conocer en profundidad, por ejemplo, cómo era la sociedad española de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, cómo pensaba la gente de aquella época, cómo concebían el amor y qué idea tenían de la vida, cómo era la moda, o incluso qué comían, ningún libro de historia, por muy bueno que sea, será suficiente, pues no hay nada mejor para conocer con propiedad toda aquella realidad que leer *Don Quijote de la Mancha*, un libro repleto de sabiduría que es como un inagotable tratado de historia, sociología, filosofía, psicología, política, economía, derecho, religión, lengua, arte, amor; vamos, de casi todo.

Uno de los mejores novelistas españoles de nuestros días, Antonio Muñoz Molina (también magnífico ensayista), ha escrito: “Como el agua y el pan, como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un arma de la inteligencia y de la felicidad”³. Nada más cierto. La literatura y la vida se relacionan íntimamente; más aún: la literatura se nutre de la vida y refleja o expresa a esta de un modo incomparable. Para mí no es posible comprender la literatura al margen de la vida, por la simple razón de que el lenguaje es lo que dota de *sentido* al ser humano, lo que lo *sitúa* en su papel predominante en el mundo y lo *diferencia* de las bestias. Alguien dijo que el hombre es un ser hecho de palabras y que se expresa con palabras. Todas las razones anteriores, entre muchas otras, son suficientes para entender por qué es tan importante la literatura: porque la literatura es la máxima expresión de una lengua, porque es su síntesis lingüística, porque refleja fielmente el fondo histórico y cultural de un país, en fin, porque la literatura está íntimamente vinculada a la vida misma y porque le otorga un sentido pleno al ser humano y el mundo.

2. ¿Para qué sirve la literatura?

He aquí una pregunta recurrente. Todos sabemos para qué sirven unos zapatos o unas tijeras (que desde luego pueden tener variados usos), pero generalmente suele considerarse que la *utilidad* es algo ajeno a la literatura. Con esa pregunta fue traducido al español el título de un libro reciente (*La littérature, pour quoi faire?*, en el original francés, publicado en 2007)⁴ del ensayista y docente francés Antoine Compagnon, profesor en la Sorbona de París y en la Universidad de Columbia, Nueva York. Según este autor, partiendo de los conceptos clásicos de Aristóteles, la literatura nos proporciona placer estético y conocimiento profundo del hombre y del mundo –es decir, es un medio insustituible de “instruir divirtiendo”, o “deleitando”–, también nos dota de una conciencia histórica y moral, y que además contribuye a la libertad y a la responsabilidad del individuo. “Su poder emancipador –escribe Compagnon–, que nos conducirá en ocasiones a buscar derrocar a los ídolos y cambiar el mundo, permanece intacto, aunque más a menudo nos hará, sencillamente, más sensibles

³ Muñoz Molina (1994), 52.

⁴ Compagnon (2008).

y más sabios, en una palabra: mejores”⁵. Cita también esta significativa frase del célebre crítico inglés del siglo XVIII Samuel Johnson: “La única finalidad de la literatura es hacer a los lectores capaces de gozar mejor de su vida, o de soportarla mejor”⁶.

En este punto cedemos la palabra a algunos eminentes maestros españoles que hicieron de la enseñanza de la literatura la razón de sus vidas, un *modus vivendi*, por emplear la vieja expresión latina. Según Manuel Alvar, vivimos en una época en la que la gran mayoría de la gente es insensible a nada que no sea una respuesta al “¿y eso para qué sirve?” –una elemental “pregunta utilitaria”–, sin comprender que la literatura “es imprescindible para crear nuestra propia conciencia nacional, para sustentar nuestro propio espíritu”, porque se les ha privado del sustento básico para realizarse como personas: “su propia lengua, perfeccionada, enriquecida y embellecida por el estudio profundo y demorado de su propia literatura”⁷. Francisco Ynduráin señala que el estudio de la literatura “supone la puesta en ejercicio de facultades muy variadas: memoria, imaginación, fantasía, sensibilidad, capacidad de observación y descripción, no menos que de síntesis y construcciones teóricas de alcance general”⁸. Por su parte, el ya citado Julián Marías afirma que “la Literatura ha sido el gran instrumento de interpretación de las formas de vida humana, y por tanto la base de la *inteligibilidad* de la historia. En la poesía, en la narración, en el teatro, sobre todo en la novela, la vida se ha hecho transparente a sí misma. Entendemos los pueblos o las épocas en la medida en que nos han dejado una *ficción* adecuada, que los documentos no pueden suplir”⁹. Andrés Amorós comienza ofreciéndonos una muy precisa explicación de la supuesta “inutilidad” de la literatura: “la literatura no sirve para nada concreto, para nada que se pueda medir o definir con exactitud. No quita el hambre ni la sed. No da dinero. Pertenece al ramo perfectamente inútil de la Bellas Artes, como un cuadro de Picasso o una sinfonía de Mahler”¹⁰, para después subrayar su evidente importancia: “la literatura es una vía de acceso a la realidad, enriquece la personalidad, multiplica las experiencias del lector, le informa sobre la realidad a la vez que abre caminos a su fantasía”, y la absoluta necesidad de su enseñanza: “la enseñanza de la literatura debe ser enfocada para que los alumnos amplíen y hagan más rica su visión del mundo; para que, dialogando con los grandes escritores, aprendan a contrastar puntos de vista; para que piensen de un modo personal, sin dejarse arrastrar pasivamente por modas o consignas; para que adquieran, en definitiva, una mentalidad crítica”¹¹.

Quisiera citar por último a uno de los más notables escritores de nuestro tiempo en cualquier lengua, el peruano Mario Vargas Llosa, quien nos dice en un artículo reciente que la literatura, “junto con el placer que nos depara cuando es original y profunda, nos educa, y enriquece como ciudadanos obligándonos a revisar convicciones, creencias, conocimientos, percepciones, enfrentándonos a una vida que es siempre problemática, múltiple e inapresable mediante esquemas ideológicos o dogmas religiosos”, y que “en vez de estar dissociada de la vida y ser una realidad aparte, confinada en sí

5 *Ibid*, 63.

6 *Ibid*, 59.

7 Lázaro Carreter (1974), 28-29.

8 *Ibid*, 184.

9 *Ibid*, 288 (subrayado del autor).

10 *Ibid*, 36. Este juicio de Amorós haría hoy sonreír a más de uno, dado el fenómeno del *Best seller* o del éxito apabullante de la serie *Harry Potter*, los cuales han convertido en millonarios a sus autores, pero cabe preguntarse si aquí hablamos de literatura *verdadera*, o más bien de otra cosa. No es un debate que nos interese en el presente trabajo.

11 *Ibid*, 39 y 40-41.

misma, es una manera privilegiada y excelsa de vivir”¹². Creo que en todas estas citas hay suficientes elementos de juicio para dar por contestada la pregunta de para qué sirve la literatura, y por qué es tan necesaria su enseñanza/aprendizaje.

3. ¿Cómo enseñar la literatura?

Esta es desde luego la pregunta más complicada, fatigosa y comprometedora. De más está decir que no existe una fórmula mágica, y no esperéis que os dé alguna. Para eso están García Márquez ... o Harry Potter. Muchos escritores suelen decir que la literatura, por su propia naturaleza, es algo que no puede enseñarse, o que resulta muy difícil de enseñar. Cabe suponer que Miguel de Cervantes no escribió el *Quijote* pensando que mucho tiempo después los críticos y estudiosos harían complejos y sesudos análisis sobre su obra, o que los profesores la explicarían en sus clases y elaborarían perversos exámenes que provocarían no pocos dolores de cabeza en los atribulados estudiantes. Cabría pensar más bien que Cervantes escribió su gran novela para que la gente la comprara y la leyera –es decir, los pocos privilegiados que en aquella época sabían leer–, la disfrutara y se divertiera con las extrañas aventuras de un hidalgo manchego que se vuelve rematadamente loco leyendo sin cesar las populares novelas de caballerías, de las cuales Cervantes además quería burlarse, porque las encontraba por completo inverosímiles y mal escritas. También podemos figurarnos que Cervantes escribió esa novela para ganar algo de dinero, que tanto necesitaba el pobre, dada su lamentable situación económica. Con todo ello quisiera apuntar a algo tan simple y claro que el maestro Manuel Alvar formula así: “Es imprescindible leer directamente los textos, entenderlos, gustarlos”¹³.

Ahora bien, concretamente en los departamentos de español como lengua extranjera (E/LE), la literatura se entiende o se concibe siempre, o casi siempre, como “Historia de la Literatura Española” (o “Hispanoamericana”), ante lo cual nos hallamos ante un verdadero problema. Soy un apasionado de la historia, de la historia literaria y de cualquier otra; como dijo el pensador hispano estadounidense George Santayana, “aquellos que no recuerdan el pasado, están condenados a repetirlo”. Pero no hay que confundir la leche con la magnesia, como dice un refrán. Del mismo modo, no conviene confundir literatura con historiografía o con una retahíla de datos. Que quede esto bien claro: desde luego que no niego la utilidad que tiene la información puntual sobre autores, obras, temas, épocas, ideas estéticas y movimientos para comprender y esclarecer determinados aspectos del fenómeno literario. Pero sería del todo absurdo reducir la literatura a simple “libro de texto”, es decir, a un aburrido e interminable (y, esto sí, inútil) catálogo de datos –fechas de nacimiento y muerte de autores, títulos y fechas de publicación de obras, características, etc.–, esto es, al modo de una lista de supermercado, o guía telefónica, como propone Andrés Amorós¹⁴, que el alumno se ve obligado a memorizar (y que borrará para siempre de su mente inmediatamente después del examen de turno). No en vano el novelista y periodista español Pedro Sorela ha dicho que con esto sólo se consigue que el alumno confunda “literatura con polvorientas lecciones de

¹² Vargas Llosa (2009).

¹³ Lázaro Carreter (1974), 29.

¹⁴ *Ibid.*, 42.

biografías de escritores y etiquetas acuñadas por académicos que prefieren no pensar” y a que todo el mundo confunda asimismo “literatura y sociología, literatura y mercado”¹⁵.

4. A modo de conclusión

En un Departamento de Español que forma parte de una Facultad de Lenguas Extranjeras, no creo que tenga ningún sentido seguir enseñando una asignatura llamada “Historia de la Literatura”. ¿Enseñamos acaso “Historia de la Gramática” (que también la hay), o simplemente gramática? Pero en cambio sí deberían enseñarse asignaturas, absolutamente necesarias, que podrían llamarse simplemente “Literatura Española”, o “Literatura Hispanoamericana”, o bien “Literatura Hispánica”. Los ineludibles y necesarios aspectos históricos, los datos, las fechas, los movimientos literarios, etc., podrían darse como introducción general a la asignatura. Tales aspectos pueden aclararle al alumno que Quevedo es mucho más que una estación del Metro o de una plaza de Madrid, o que Juan de la Cruz es mucho más que un santo de estampita. En todo caso, deberán siempre ser enseñados en función de los textos literarios, y no al revés. Y a continuación centrarse en esos textos –poemas, narraciones, obras teatrales, ensayos– que el profesor previamente ha seleccionado, y proceder mediante lo que a mi juicio, y según mi experiencia docente en Taiwan, es la “estrategia” (tal parece que en los departamentos de lenguas extranjeras con frecuencia hay situaciones de guerra, porque muchos profesores andan enredados con “estrategias”, palabra que solía usarse más bien para planificar una batalla) más directa y eficaz para la comprensión en este nivel de la obra literaria: el comentario de textos, el cual puede tratarse de un comentario estrictamente personal del profesor, o bien valerse de alguna de las muchas obras que existen sobre el particular, como por ejemplo el libro clásico de Fernando Lázaro Carreter y Evaristo Correa Calderón, *Cómo se comenta un texto literario*¹⁶. Al respecto, el escritor peruano Fernando Iwasaki ha acuñado una frase bastante ingeniosa: “el acoso textual”¹⁷ (que no acoso sexual). Por decirlo con cierto énfasis, en los textos literarios está todo. También se ha dicho muchas veces que la verdadera biografía de un escritor está en sus obras. Y para ello, otro viejo maestro, Emilio Alarcos Llorach, proponía una metodología muy simple y a prueba de engaños: “leer, leer, y explicar, explicar”¹⁸.

Parece ocioso apuntar aquí una perogrullada: el profesor de literatura ha de ser un buen lector, un lector apasionado, o mejor aún, alguien que debe amar la literatura, amar la lengua, amar los libros, y motivar o transmitir ese amor a sus alumnos. El profesor de literatura debe convencer a sus alumnos –y ante todo convencerse a sí mismo– de que la lectura nos proporciona siempre algo mágico, como reza el título de un estimulante libro de José Antonio Marina y María de la Válgoma: *La magia de leer*¹⁹. En mis clases suelo decirles a mis alumnos que los libros son nuestros amigos más fieles y duraderos: siempre están a tu disposición (suelo recibir a cambio piadosas sonrisas de condescendencia, pues semejante declaración sólo puede ocurrírsele a un pobre chiflado sin remedio). Y permítaseme la desvergonzada confesión de que yo no sería lo que soy ahora si

15 Sorela (2002).

16 Lázaro Carreter y Correa Calderón (1974), con numerosas reediciones. Véanse también Moreiro (1998) y Navarro Durán (1995).

17 Iwasaki (2007).

18 Lázaro Carreter (1974), 23.

19 Marina y Válgoma (2007).

eliminara algunos libros que he leído: esos libros forman parte inseparable de mi vida. Pienso ahora en Homero, en los trágicos griegos, en los poemas de San Juan de la Cruz, Rimbaud, Vallejo, Rilke, Eliot y Cavafis, en los *Ensayos* de Montaigne, en Shakespeare, en el *Quijote*, en las novelas de Flaubert, Faulkner y Kundera, en *El Conde de Montecristo* de Dumas, en el *Juan de Mairena* de Antonio Machado, en los cuentos de Borges y Cortázar, en *Pedro Páramo* de Rulfo, en *El desierto de los tártaros* de Buzzati, en *El alma romántica y el sueño* de Albert Béguin, en los ensayos de Octavio Paz, en los *haikus* de Basho, en el *Tao Te Ching*, en los relatos de la *Biblia*, en fin, en tantos otros libros imprescindibles sin los cuales mi vida sería otra muy distinta. Valga esta hermosa frase de Gregorio Salvador: “En cualquier momento de la vida siempre hay un libro que nos puede ayudar, que nos puede consolar, que nos puede entretener, que nos puede señalar un camino”²⁰. Como apunta el citado Andrés Amorós: “La clase debe ser, ante todo, una incitación a la lectura”²¹. Pero, ¿estamos realmente capacitados para ello? ¿Podemos considerarnos buenos lectores? ¿Sabemos transmitir ese necesario amor por la literatura? Si carecemos de esto, ¿cómo diablos podemos pedírselo a los alumnos?

Se trata de un proceso que se supone cristalino: enseñar a leer, a amar los libros, a amar el lenguaje, comprendiendo, interpretando, criticando, comentando y descubriendo. El profesor de literatura que no sea un buen lector, que no ame la literatura, será mejor que se dedique a otra cosa (como dice Borges en una de sus muchas frases maliciosas: “Hay personas que sienten escasamente la poesía; generalmente se dedican a enseñarla”²²). Y es necesario terminar de una vez por todas con la manía cronológica: ¿por qué no comenzar con autores contemporáneos o del tiempo presente, e ir gradualmente hacia atrás, hacia algunos clásicos, o bien proceder por temas que puedan interesar a los alumnos?

La literatura que se ha de enseñar debe conectar en lo posible con las necesidades e inquietudes de los procesos vitales, afectivos y existenciales de los alumnos, lo que favorece una participación más activa y motivada, y para ello es necesario que los temas y asuntos de los textos literarios sean en cierto modo actuales, atrayentes, cercanos y significativos. Y la literatura es una fuente inagotable de temas para todas las ocasiones y para todos los gustos. Como dejó escrito el poeta Dámaso Alonso, uno de los miembros de la célebre “Generación de 1927”: “No hay mejor medio para hacer que nuestra lengua sea más rica de contenido, más precisa, más eficaz que la educación literaria”²³.

Bibliografía

- Álvarez Aranguren, Lucio (1991): “La enseñanza de la literatura en la educación secundaria”, en Víctor García Hoz (ed.): *Enseñanza de la lengua y la literatura en la educación secundaria*, Madrid, Ediciones Rialp, 117-168.
- Amorós, Andrés (1987): *Introducción a la literatura*, Madrid, Castalia.
- Borges, Jorge Luis (1980): *Siete noches*, México, Fondo de Cultura Económica.

²⁰ Salvador (2006).

²¹ Lázaro Carreter (1974), 45.

²² Borges (1980), 108.

²³ Álvarez Aranguren (1991), 135.

- Compagnon, Antoine (2008): *¿Para qué sirve la literatura?*, Barcelona, Acantilado.
- Iwasaki, Fernando (2007): “Cuatro (ale)gatos a favor de la lectura”, *ABC*, Madrid, 21-4.
- Lázaro Carreter, Fernando (1974) (ed.): *Literatura y educación*, Madrid, Castalia.
- _____, y Correa Calderón, Evaristo (1974): *Cómo se comenta un texto literario*, Madrid, Cátedra.
- Lomas, Carlos, y Miret, Inés (1999): “La educación poética”, *Textos de Didáctica de la Lengua y de la Literatura*, 21 (julio), 5-16.
- Marina, José Antonio, y Válgoma, María de la (2007): *La magia de leer*, Madrid, Nuevas Ediciones de Bolsillo.
- Merino, José María (2003): “El arte de leer”, *El País*, Madrid, 10-6.
- Moreiro, Julián (1998): *Cómo leer textos literarios. El equipaje del lector*, Madrid, EDAF.
- Muñoz Molina, Antonio (1994): “La disciplina de la imaginación”, en A. Muñoz Molina y L. García Montero: *¿Por qué no es útil la literatura?*, Madrid, Hiperión, 43-60.
- Navarro Durán, Rosa (1995): *Comentar textos literarios*, Madrid, Alhambra.
- Salvador, Gregorio (2006): “Bosques de palabras”, *El País*, Madrid, 30-9.
- Sanz Pastor, Marta (2008): “Didáctica de la literatura: el contexto en el texto y el texto en el contexto”, *Carabela*, 59 (febrero), 5-23.
- Sorela, Pedro (2002): “Felicidad y libros”, *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*, 1 (junio-septiembre).
- Vargas Llosa, Mario (2009): “El escritor en la plaza pública”, *El País*, Madrid, 13-12.